



Fundación March

BRAQUE, UN CLÁSICO DEL SIGLO XX

JOSE CORREDOR-MATHEOS

ACTUALMENTE, cuando se viaja cada vez más, se diría que las obras de arte no necesitan desplazarse, porque hay más posibilidades de contemplarlas donde habitualmente están instaladas. Por otra parte, son tantos los peligros que las amenazan en sus desplazamientos, que la opinión de que el arte no debe viajar parece recibir así un nuevo argumento. Sin embargo, lo cierto es que toda clase de creaciones artísticas se trasladan cada vez con mayor frecuencia. Últimamente hemos tenido ocasión de recibir en España algunas de las grandes manifestaciones itinerantes, que ofrecen la oportunidad de conocer una selección antológica de la producción de un artista, un movimiento o un país, de modo que nos permite abarcarlos con cierta amplitud.

Ahora se trata de una gran exposición de Georges Braque, presentada en Madrid por la Fundación March, en colaboración con la Fundación Maeght de Saint-Paul-de-Vence (Francia), que se ha inaugurado el 27 de septiembre y permanecerá abierta hasta el día 2 del próximo diciembre. Está formada por 127 obras: 34 óleos, 19 gouaches, cinco relieves en bronce y 69 grabados. Aunque las fechas de realización abarcan de 1902 a 1963, la mayor parte son posteriores a 1940. La obra más antigua es un *Retrato de la madre del artista*, de 1902, a la que sigue, cronológicamente, uno de los famosos paisajes de la serie de *L'Estaque*, de 1906. Viene a continuación otro lienzo importante, titulado *La guitarra*, fechado en 1912. Podemos ver también ocho



"Uranio II", 1959.

aguafuertes, realizados entre 1907 y 1910, que contribuyen a conocer la fase cubista del gran pintor.

Existen opiniones distintas al enjuiciar la obra de Braque. Consideran algunos que su etapa verdaderamente creadora es la primera, la cubista, concretamente hasta 1914, en que el inicio de la guerra corta las actividades artísticas. Para otros, Braque ha mantenido en todo momento una capacidad de creación viva y además en transformación constante, si bien con un ritmo y un desarrollo menos agitado, más calmado, que lo distancia de los movimientos que siguieron al cubismo. Lo cierto es que, aparte la etapa cubista, su producción posterior dificulta a ojos de muchos su perfecto encajamiento en el arte contemporáneo. Esta dificultad puede deberse, en gran parte, a una con-

cepción lineal de la evolución artística y a un entendimiento podríamos decir providencialista de la vanguardia, entendida como una ortodoxia, fuera de la cual nada existe. La obra entera de Braque, por encima de todas estas apreciaciones, es, no sólo muy valiosa, de gran altura, sino que su aportación al desarrollo del arte resulta absolutamente fundamental.

Nos recuerda Jean Paulhan que "el 13 de septiembre de 1912, Braque hace el descubrimiento que daría a la pintura moderna su razón de ser": aplica por primera vez papeles pintados, cortados a trozos, sobre los cuales dibuja con carboncillo unas figuras. Esta pintura, en la cual el collage modifica sustancialmente una composición pintada al óleo, es considerada, como escribe Herta Wescher en su libro *La historia del collage*, "la ópera



"Jarro y limones", 1940.

prima de los *papiers-collés*". El collage no es ya un cuerpo extraño, como el corcho, el naípe o ciertos trozos de papel que tanto él como Picasso venían aplicando a lo largo de ese año de 1912, sino un elemento que es utilizado por sus valores propiamente pictóricos: las formas y los colores que contenía ese papel y que podían imitar la madera, frutas o ramilletes de flores (el propio Braque ha afirmado que "en la pintura el contraste de materias tiene la misma importancia que el contraste de colores"). En realidad se trataba de una salida al cubismo analítico que a finales de 1911 había entrado en una cierta crisis. La solución que ofrecerá Braque será la de dar materia al color, aprovechando materiales distintos al pigmento tradicional. Otro hecho importantísimo es que este empleo del collage permite abandonar el espacio volumétrico que había albergado la pintura desde el Renacimiento. Con la destrucción de la perspectiva tradicional y con la incorporación de elementos procedentes de la realidad, el cuadro se transforma también en objeto (*le tableau-objet*). El empleo del collage, iniciado a principios de 1912 por Picasso y elaborado a continuación por Braque, da inicio a la fase del "cubismo sintético". De todo ello se deriva, en cierto modo, todo el arte posterior. Sin embargo, y a pesar del interés que siguió demostrando Braque por la valoración matérica, no llegó a admitir nunca las consecuencias que el desarrollo de la vanguardia había dado a esos planteamientos que en gran manera contribuyó a formular. Su obra posterior al cubismo nunca llegaría a la abstrac-

ción ni se dejaría seducir por los movimientos informalistas que surgieron después de la segunda guerra mundial.

Después de la primera guerra mundial quedan desarticuladas las relaciones artísticas y personales que habían hecho posible el cubismo. En primer lugar, el binomio Picasso-Braque, que había trabajado en estrecha colaboración, en un constante intercambio de sugerencias e ideas. A pesar de que estos dos artistas sigan a partir de entonces caminos divergentes, coincidirán curiosamente en su retorno al clasicismo de los años veinte, y en una vuelta, también en esos años —¿muestra de indecisión, por otra parte general?— al cubismo. Desde 1920, caracterizan gran parte de la producción de Braque unos fondos negros y opacos, que recogerán otros artistas. Sobre estos fondos juega entonces con otras materias transparentes que animan de una vida extraordinaria a las formas. En los años veinte inicia también, tanto en lienzo como en litografía, un tipo de bodegones de forma alargada, del cual hay buenas muestras en esta exposición. Otro tema braquiano es el mar: no nos referimos a las primeras obras, anteriores al cubismo, sino a aquellas en que el mar y las barcas desean ser tratados como objetos, aunque el mar se escape siempre a ese propósito y de ahí provenga con toda seguridad el carácter inquietante que produce. Los paisajes de los años 50 y 60 que podemos ver en esta antología muestran una naturaleza que pugna por romper los esquemas racionalistas que traza el artista, con un resultado que los emparenta con las marinas.

En esta exposición, un tema que está profusamente representado es el de los pájaros, tanto en dibujos y aguafuertes como en óleos. Es un tema aparecido tardíamente y que a partir de los años cincuenta vemos con frecuencia. Estos pájaros tienen cierto carácter de collage, aunque estén pintados —vuelan no dentro del cuadro, sino sobre su superficie— y guardan cierto parentesco con el despliegue de la curva en Matisse. Junto a las pinturas, gouaches y grabados, hemos de referirnos a sus relieves. En ellos no hay una concepción propiamente escultórica. Responden a una visión bidimensional, que no presenta en ese sentido diferencias sustanciales con sus obras sobre lienzo o papel.

La contemplación de un conjunto como este de obras de Braque nos permite conocer algunos de sus rasgos fundamentales. Acaso el primero sea el equilibrio, que trata de salvar siempre, si es necesario frente al impulso del sentimiento y la intuición. Porque para mantener ese equilibrio, ese orden, es preciso el dominio que sólo puede facilitar una clara conciencia y una poderosa mente razonadora. Aunque a veces, como es evidente con posterioridad a la etapa cubista, lo más hondamente creativo y vivificador se resienta. Porque probablemente sea en efecto la etapa cubista donde se produce en su más alto grado esa severa armonía a que aspira Braque, aquella donde "la unidad plástica nacida de múltiples y complejas investigaciones" hacen de Braque, al decir de Christian Zervos, un clásico en su más alta y rica expresión. ■